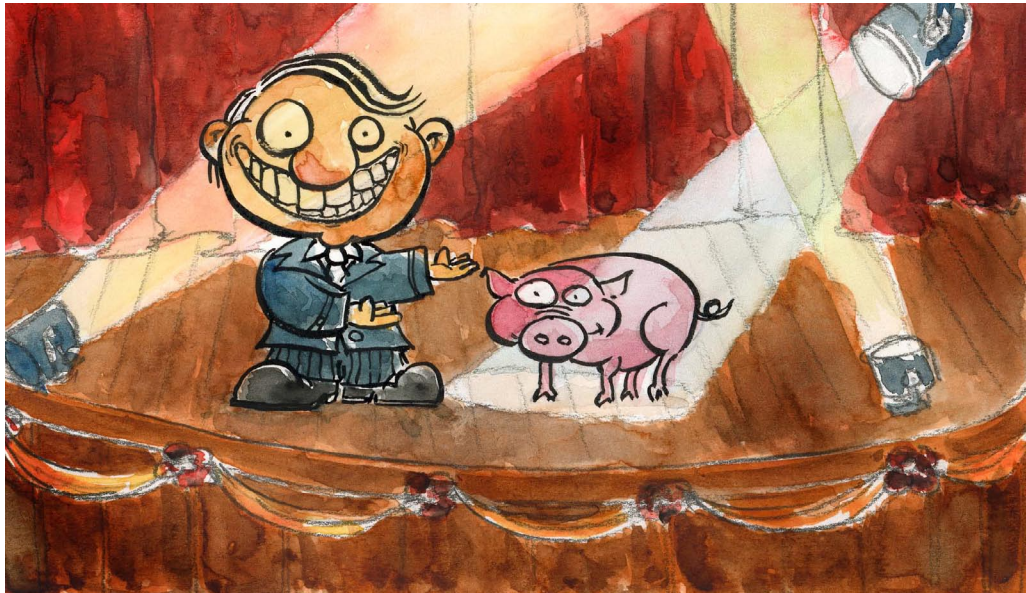


Claudia Czerlowski  
**Pancho,  
el chancho ancho**

*Ilustrado por Ariel Abadi*



Noche especial. Nervios. Ansiedad.

¡Carrerita, un, dos, tres, march! Mirarse al espejo quince veces, cambiar el sentido de la raya del peinado, veintidós. Nudo corazón en la corbata: perfecto... aunque quizás una pajarita hubiera sido mejor... ¡uh, qué duda! Chequeo corporal express: axilas... ok. Aliento... zafa. Muñecas y esa partecita detrás de las orejas sin nombre... con olor a pino. ¡Genial! Lustramos los mocasines en la parte de atrás del pantalón.... ¡brrrrrrrrillantes!

Esa noche Guillermo actuaba como un maniático de la pulcritud. Un dechado de virtudes. Un ejemplo viviente. Y no era para menos... Era su gran noche, y si los nervios no lo traicionaban, saldría pobre por esa puerta gris y herrumbrosa, y regresaría como el hombre más rico del pueblo. ¡O quizás de la región! En una hora comenzaría la segunda mitad de su vida y había que estar listo para recibirla.

---

Texto © 2005 Claudia Czerlowski. Imagen © 2005 Ariel Abadi. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:  
<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

Con las manos húmedas de nerviosismo ahuyentó cualquier posibilidad de pelusa en el saco. Se restregó los ojos buscando lagañas desubicadas (enemigas número uno de las primeras impresiones). Sonrió demoníacamente frente al espejo, cerciorándose del brillo de la dentadura, y metió la mano en el bolsillo del saco, por vigésimocuarta vez. Los dedos rozaron un recorte de diario, ya arrugado, donde enormes círculos rojos superpuestos señalaban un aviso con letras llamativas. O más bien lo acorralaban, atrapando las palabras con la misma ansiedad con que Guillermo corría, por vigésimoquinta vez, a lavarse la tinta del diario de las yemas de los dedos.

Satisfecho, rumbeó para el cuarto principal de la casa.

En un ambiente que supo conocer mejor mobiliario estaba Pancho. Su Pancho. Panchito.

Rodeado de fardos de paja selecta, harapos multicolores, chichoneras de cunas de oro, descansaba el animal.

Pancho era el mejor de sus chanchos. El más rozagante. El más carismático.

El verdadero rey del hogar, que se paseaba orondo de un ambiente a otro, con esa confianza y orgullo de quien se sabe la mascota preferida. Como Pancho por su casa.

Pero para Guillermo era mucho más que un animal doméstico. Pancho era un amigo fiel. Un ser profundo, que escuchaba con atención sus problemas y lo aconsejaba en silencio con infinita sabiduría porcina.

Definitivamente, Pancho era el preferido entre todos sus animales. Y esa tarde invertida en baños con agua de azahar, pedicuría de pezuñas, cepillado de dientes con hojitas de menta y rizado de pestañas, había dado frutos. Pancho era el puerco más limpio, kilómetros a la redonda, y aquella gente no podría dejar de notarlo.

Guillermo ató a su cerdo con una hermosa correa de charol negro que había comprado especialmente para la ocasión. La correa hacía juego con sus mocasines y su cinturón, y no por casualidad. Era imposible no advertir la linda pareja que hacían.

Con dulzura murmuró un par de palabras cariñosas al oído del animal, y salió junto a él hacia la noche estrellada.

Afuera se oía quedamente el ruido de una fiesta lejana. El trayecto no era largo pero Guillermo optó por arrancar la camioneta, no fuese cuestión que el polvo del camino arruinase el trabajo de las últimas cuatro horas y media.

— Panchito, escuchame bien querido. Hoy no es una noche cualquiera. Papá espera grandes cosas de esta noche. Hoy vamos a... —Guillermo se atragantó, emocionado—, hoy vamos a brillar. ¿Sí, Panchito? ¿Cuento con vos? ¿Somos un equipo? ¿Eh? ¿Qué somos, Panchín? ¡Un equipo, claro que sí! Y esta noche voy a hac... ¡vamos a hacer historia, hijito! ¿Me escuchaste bien, no? ¡¡¡His-to-ria!!! —Acentuó cada sílaba como quien puntúa íes imaginarias en el aire, abriendo ampliamente los dedos en el último tilde, con la mirada perdida en el horizonte. Volvió en un segundo de su ensueño y giró la cabeza hacia el asiento trasero. Con un genuina sonrisa de orgullo, le guiñó el ojo a su mascota, que lo miró... lo más pancho.

Ni bien llegaron a la feria, ubicaron su destino sin problema: la cola atravesaba todo el predio. Pero Guillermo no se dejó amilanar por la multitud. Él no era ningún dormido... era un hombre... —¿cómo decirlo?— ... con contactos, con roce social.

Después de adelantarse en la cola, esquivar unas cuantas personas y muchos más insultos, se acercó a su contacto: M.

M no era otra que Marta, su hermana, la responsable de la feria local, quien parecía muy ocupada distribuyendo tareas a través de su handy a su asistente. Cada cuatro palabras, intercalaba un “Copiado, cambio” que acompañaba con un movimiento adusto de brazos, acercando y alejando el handie de su boca después de finalizar cada frase. Mientras impartía órdenes Marta se abstraía del mundo, por eso no notó la presencia de Pancho y Guillermo que se acercaban sigilosos.

Con un susurro Guillermo le hizo notar su llegada. Marta se pegó un susto padre y bufó audiblemente. Con cariño pellizcó el brazo de su hermano que la miraba exultante. Mientras articulaba un “Copiado, cambio” más, le indicó con la cabeza que la siguiera.

Caminaron por un sendero que conducía al otro lado de la fantasía, una puertita discretamente disimulada que permitía el acceso a la carpa principal,

pero por atrás. Así Guillermo tuvo la chance de espiar el backstage del lugar, lleno de posters, equipos de iluminación, cámaras apagadas... una mínima pieza del gran engranaje del mundo del entretenimiento que le era tan irresistible como ajeno. Aunque sabía que no por mucho tiempo más. Esa noche el destino lo iba a señalar con su dedo esquivo.

Atravesaron un cortinado pesado que ocultaba aquel lugar del público. Con Pancho y Guillermo a sus espaldas devorándose el espectáculo con los ojos, Marta le chistó algo a su asistente, que miraba el show como quien mira un huevo hervir, royendo apasionadamente una uña en vías de extinción. El chico se sobresaltó ante la presencia de M, asintió en silencio, anotó unas palabras en la palma de la mano y desapareció raudo, o algo así.

Frente a ellos estaba el jurado. Seis personas que nunca habían visto en su vida. Que nunca volverían a ver. Seis personas que podrían cambiar sus destinos para siempre. Y que estaban juzgando al concursante de turno, atormentándolo a preguntas de lo más específicas.

El público era escaso y estaba esparcido en las gradas de la carpa. Sólo hijos de..., amigos de..., novias de... Un auditorio ralo pero exquisito, que a Guillermo le supo a la masa más exigente y selecta del pueblo.

Con el corazón desbocado miró a su hermana a los ojos quien, por primera vez en la noche, le sonrió confiada. Un silencio cómplice los unió. Marta quiso decirle con la mirada que todo saldría bien, que se relajara, disfrutara e hiciera lo que había ido a hacer. Lo miraba con ojos cariñosos y confiados, rebosantes de pensamientos positivos y mensajes afectuosos.

Guillermo estaba nervioso, muy nervioso.

Exhaló profundamente. Una, dos, tres veces hasta que oyó su nombre.

Temblando como una hoja en un vendaval, se paró debajo de la luz cenital que lo iluminó por completo. Miró al jurado con una sonrisa estática y artificiosa. Con el ridículo gesto de un saltimbanqui epiléptico, se hizo a un lado para presentar a la verdadera estrella de la noche.

—Y este es Paaaaaaaanccccch...

—Muy gordo, no da ni para doble de riesgo del papá de Babe... — lo interrumpió una voz áspera y ambigua.

No pudo distinguir hombre de mujer. Daba lo mismo. Nada importaba demasiado a esa altura.

El sueño de toda la vida de Pancho, ser estrella de cine, se derrumbaba delante de sus ojos como un castillo de naipes. Un deshielo boreal. Sintió un hongo atómico erigirse en su corazón, y no había nada que Guillermo pudiera hacer al respecto.